

LA BATALLA DE VITORIA(*)

(21 de junio de 1813)

por RICARDO PIELTAIN DE LA PEÑA

Teniente Coronel de Artillería

Cúmplese este año el ciento cincuenta aniversario de la batalla de Vitoria, episodio de la Guerra de la Independencia que por su significación e importancia en el final victorioso de la misma, merece recordarse por nosotros, pues aunque en esta batalla la participación española no fue tan numerosa como en otras de la gran epopeya contra los invasores, sí fue lo bastante considerable y destacada como para interesarnos en ella. Además, la batalla se dio en territorio nacional, a la vista de la tranquila, pulcra y antigua ciudad de Vitoria. Por otra parte, constituye una buena lección de estrategia militar, y también un claro ejemplo de cómo puede influir el acierto y la moral del mando supremo en el resultado final de una batalla.

ANTECEDENTES

Al comenzar el año 1813 —quinto de la Guerra de la Independencia española—, la situación de los ejércitos de Napoleón en la Península presentaba graves síntomas de postración y decadencia. La campaña del año anterior había sido mala para los franceses, y aunque no se obtuvieron por parte de los aliados —españoles, ingleses y portugueses—, resultados decisivos, se habían conseguido importantes triunfos que presagiaban un resultado próximo y feliz

(*) Coincidiendo con el CL aniversario de la terminación de la guerra de la Independencia nos honramos con publicar este trabajo, que trata de la importantísima batalla de Vitoria que puede decirse que, virtualmente, significó el final de la larga y heroica lucha.

de la guerra en España. La reconquista de Ciudad-Rodrigo (18 de enero) y Badajoz (16 de marzo), permitían a Wellington, nombrado generalísimo de los ejércitos peninsulares, abandonar su línea defensiva de la frontera portuguesa y avanzar por tierras de Salamanca, donde en los Arapiles (22 de julio), vencería a las tropas francesas mandadas por el mariscal Marmont. Esta victoria, que según los historiadores ingleses «hizo temblar hasta en sus cimientos la dominación francesa en España» (1), tuvo como resultado inmediato la salida de Madrid, por tercera vez, de José Bonaparte con toda su Corte, para ir a refugiarse en Valencia al amparo del ejército de Suchet.

Pero no sería ésta la única ventaja de la batalla de los Arapiles, sino otra todavía más señalada, cual fue la de que el mariscal Soult, que llevaba tres años en Andalucía, comprendiendo que no podía mantenerse por más tiempo, después de la derrota de las armas francesas, en posición tan avanzada en el sur de la Península, decidiese evacuar con todo su ejército (unos 55.000 hombres), tan importante y rica región, para ir también a reunirse con Suchet. Y por si todo esto fuese poco, el 12 de agosto haría su entrada en la capital de España el ejército anglo-hispano al mando de Wellington.

Sin embargo, el fracaso del generalísimo inglés en sus planes durante la campaña de otoño de 1812, que tenían como principal objetivo el apoderarse de la ciudad de Burgos, a la que pondría sitio (desde el 19 de septiembre al 19 de octubre), sin que pudiese tomarla, llevaría consigo que las tropas españolas e inglesas que guardaban Madrid, tuviesen que abandonarlo para ir a reunirse con las que Wellington tenía en Burgos, y todas juntas emprenden la retirada a la línea del Tormes, y luego a Ciudad-Rodrigo, mientras el hermano de Napoleón se instalaba nuevamente en la capital de su combatido reino.

A pesar del fracaso de Burgos y de las pérdidas experimentadas por Wellington en la consiguiente retirada, el balance final de la campaña de 1812 había sido muy satisfactorio, pues aunque los franceses volvían a ocupar Madrid y parte de Castilla la Nueva, se habían visto obligados a retirarse de todo el sur de España, Extre-

(1) *Historia del mundo en la Edad Moderna*; monografía histórica «Napoleón», tomo II, pág. 160.

madura, Andalucía y la Mancha, quedando, en las regiones en que todavía dominaban, reducidos a la defensiva, con la moral muy quebrantada y perdida casi por completo la esperanza en el triunfo final.

Pero si mal iban los asuntos de Napoleón en la Península, peor todavía marchaban en el resto de Europa, donde la desastrosa retirada de Rusia, en el otoño de 1812, había derrumbado las ilusiones que el Gran Corso tenía puestas en la dominación y pacificación de Europa.

Al llegar la primavera de 1813, contaba el ejército anglo-portugués estacionado en la frontera de Portugal, con 60.000 infantes y 6.000 caballos. Por su parte, las fuerzas españolas sumaban unos 50.000 hombres (2), distribuidos en Galicia, el reino de León y el Norte de Castilla la Nueva, y que eran mandados, respectivamente, por los generales Girón, Freire y O'Donnell. Además de estas fuerzas, se encontraban el Cuerpo de Ejército del general Elío, que operaba en Valencia, y las guerrillas, que al mando de Mina y otros experimentados jefes eran un peligro constante para las tropas francesas que operaban en las provincias del Norte.

Por lo que se refiere a los franceses, tenían todavía en la Península, por esta época, cerca de 200.000 hombres (3), distribuidos de la siguiente forma: 70.000, mandados por Suchet, en Valencia, Aragón y Cataluña; el ejército de Portugal, el del Centro y el del Sur, que reunían unos efectivos alrededor de 80.000 soldados, encontrándose en el Norte, divididos en varias columnas, unos 40.000.

Estos ejércitos franceses, como vemos, se hallaban desparramados en un frente muy grande, de modo que para ponerse en condiciones de combatir con éxito debían concentrarse, abandonando extensos territorios y retirándose muy a retaguardia.

En cambio, Wellington tenía todo su ejército reunido, con su base de operaciones en Ciudad-Rodrigo y pudiendo mover sus tropas por líneas interiores en la forma en que amenazasen mejor las del enemigo. Así lo haría el generalísimo inglés, trasladando cinco divisiones, por la provincia portuguesa de Tras-os-Montes, hacia el Norte, con lo cual más de la mitad de sus fuerzas ocupaban una

(2) Comandante de Estado Mayor don JUAN VELASCO: artículo *La batalla de Vitoria*, publicado en la revista «La Asamblea del Ejército», año 1856, tomo I, página 418.

(3) «Napoleón», tomo II, pág. 165.

posición en que rebasando la extrema derecha del ejército francés, podían envolver su flanco si intentaba resistir.

José Bonaparte, que se encontraba indeciso en el plan de operaciones a desarrollar, sobre todo al quedarse sin el consejo del mariscal Soult —que había sido llamado por Napoleón para tomar parte en la campaña que preparaba en Alemania—, nombraría jefe de su Estado Mayor a Jourdan, que no iba a estar a la altura de su fama ni a la que requerían los acontecimientos y la crítica situación de los invasores ante la bien estudiada estrategia de Wellington, quien hasta el 22 de mayo no pondría su dispositivo de avance en marcha (4).

Apenas iniciado el avance del ejército anglo-portugués, los franceses comenzaron su retirada desde Salamanca, pues Jourdan se proponía concentrar sus fuerzas para resistir en Castilla la Vieja. Mientras tanto, el rey intruso dejaba Madrid por cuarta y última vez, dirigiéndose hacia Burgos acompañado de un numeroso séquito y del famoso convoy —el «equipaje del rey José»—, compuesto de muchísimos carros y vehículos diversos, cargados con tesoros, cuadros, archivos y valores de todas clases; es decir, el botín acumulado durante seis años de conquista (5). Pero al llegar a Burgos el rey y su mariscal comprobaron que, pese a sus esfuerzos por concentrar sus tropas, solamente tenían poco más de 50.000 hombres, lo que suponía exponerse a un fracaso completo en caso de presentar batalla el ejército aliado. En vista de la situación, decidieron los franceses continuar la retirada, para lo cual después de volar la ciudadela de Burgos (13 de junio), se dirigieron hacia la línea del Ebro con la esperanza de poder defenderse tras esta barrera natural. Sin embargo, Jourdan vio decepcionado cómo su contrario le aventajaba en punto a estrategia y actividad maniobrera de sus tropas, pues en vez de atacar de frente, como esperaba y deseaba el mariscal de Napoleón, Wellington ordenó cruzar el río Ebro, aguas arriba, adelantando su izquierda, con lo que obligaba nuevamente a sus enemigos a que continuasen la retirada hasta llegar a ocupar una fuerte posición junto a Vitoria, donde podrían proteger su frente y sus flancos por el río Zadorra. Aquí logró reunir José Bonaparte unos 65.000 hombres, contra los 80.000

(4) GÓMEZ DE ARTECHE, JOSÉ: *Guerra de la Independencia*, tomo XIII, página 99.

(5) «Napoleón», tomo II, pág. 169.

que Wellington traía (6). Superioridad numérica aprovechada por el duque de Ciudad-Rodrigo para dar la batalla que decidiría la salida de los franceses de España y el final de la guerra de la Independencia.

DESCRIPCIÓN Y ESTUDIO DEL CAMPO DE BATALLA

(Croquis número 1)

La ciudad de Vitoria se halla situada sobre una colina que ocupa el centro de una extensa planicie regada por el río Zadorra y que se conoce por el nombre de «Concha de Alava» o «Meseta de Vitoria» (7). Esta llanura se halla limitada al Norte, junto al límite de Guipúzcoa, por la Sierra de San Adrián y las montañas de la Peña de Amboto, con el famoso puerto de Arlabán, que establece la mejor comunicación entre ambas provincias, y el imponente macizo de Peña Gorbea. Al Sur se encuentra una alineación, casi paralela a la anterior, en la que destacan los montes de Vitoria.

El Zadorra, que viene en dirección Este a Oeste desde la Sierra de San Adrián, por el valle de la Borunda, pasa junto a la capital alavesa, a la que deja a su izquierda, para salir de la «Meseta de Vitoria» por las gargantas de Nanclares («Conchas de Arganzón»), y cambiando de dirección hacia el Sur va a unirse al Ebro más abajo de Miranda. Como obstáculo militar, el río Zadorra es poco importante, ya que su cauce es vadeable por muchos puntos, y en aquella época ya lo cruzaban varios puentes de piedra, que de no ser inutilizados podían servir para el paso de toda clase de tropas y pertrechos.

El terreno que rodea a Vitoria no es apto, en general, para el empleo de la caballería, por los mil impedimentos que presentan los campos de labor y pastoreo, atravesados por zanjas y senderos, cubiertos de vegetación, bosques y prados pantanosos, que dificultan en gran manera las evoluciones de los jinetes y las cargas a campo abierto. Esto representaba para el ejército francés, cuya magnífica caballería era superior en número y calidad a la de los aliados, una desventaja.

Con respecto a las comunicaciones de Vitoria con el Norte de

(6) «Napoleón», tomo II, pág. 169.

(7) MARTÍN ECHEVARRÍA, E.: *Geografía de España*, tomo II, pág. 176.

la Península, y que podían ser utilizadas en su retirada por los franceses, caso de una derrota, eran únicamente la de Pamplona por Salavatierra y la general de Francia, por el desfiladero de Arlabán, a San Sebastián y Bayona. La primera tenía el inconveniente de alargar la retirada, ser un camino poco transitable, por su estrechez y aspereza, para el paso de un ejército sobrecargado de impedimenta, con un gran tren de artillería y el larguísimo convoy que llevaba consigo José Bonaparte. En cuanto al camino real de Francia, estaba expuesto a que Wellington se lo cerrase, como así sucedería, desde los comienzos de la batalla.

FUERZAS COMBATIENTES

El ejército anglo-hispano-portugués no dispondría para esta batalla de la 6.ª División, que con efectivos de unos 6.000 hombres se hallaba en Medina de Pomar; Wellington reunía, por lo tanto, 20.000 españoles, 35.000 ingleses y 25.350 portugueses, de ellos 9.290 jinetes, elevándose su artillería a 90 cañones. De modo que el total del ejército aliado era de 80.350 combatientes (8).

Por parte del ejército francés no se pudieron calcular sus fuerzas más que aproximadamente, debido a que el desastre que siguió a la batalla fue tan completo para las águilas imperiales, que se perdieron en la desordenada retirada toda la documentación y estados de tropas; sin embargo, y por deducción de los anteriores, teniendo en cuenta las pérdidas sufridas en la marcha desde el Tormes al Zadorra, y también la ausencia de varias fuerzas que salieron el día anterior a la batalla en acompañamiento de parte del convoy, se puede decir que Jourdan contaba para poner en línea con cerca de 70.000 hombres (9).

Por lo tanto, el ejército francés estaba en inferioridad numérica respecto al de los aliados —alrededor de 15.000 hombres—, com-

(8) VELASCO: Artículo citado, pág. 427.

(9) Aquí, y por la circunstancia expresada, es donde hay más divergencias entre algunos de los historiadores que se ocupan de la batalla de Vitoria, pues mientras Gómez de Arteche da la cifra de «80.000 combatientes de todas las armas», Napier las reduce a «sesenta mil sables y bayonetas», y Omañ todavía la reduce más, dejándola en 57.000. Nosotros nos quedamos con la que da el comandante Velasco, que es la arriba consignada.

pensada por la superioridad de su caballería y por tener 60 piezas de artillería más que sus contrarios.

SITUACIÓN DEL EJÉRCITO INGLÉS
(Croquis número 2)

Wellington había dispuesto su ejército en tres partes, que pudiesen actuar de modo independiente para el caso de tener que emplearse en tres batallas distintas.

El centro del ejército aliado, al mando del propio Generalísimo inglés, había llegado el día 20 —la tarde del día anterior cruzaban el Zadorra los franceses—, a orillas del Bayas (10), donde situaba sus tropas en ambas orillas, mientras el cuartel general se instalaba en el pequeño pueblo de Subijana de Morillas. Componían este ejército las divisiones 3.^a (Picton), 4.^a (Cole) y 7.^a (Dalhousie), la división ligera (Alten), la mayor parte de la artillería, la caballería pesada y la portuguesa de Urban; en total, unos 30.000 combatientes. Estas fuerzas debían atacar los puentes de Nanclares, Villodas, Tres Puentes y Mendoza.

La izquierda era mandada por el general Thomas Graham, que ocupaba Murguía, y contaba con las divisiones anglo-portuguesas 1.^a (Howard) y 5.^a (Oswald); las brigadas portuguesas de Bradfort y de Pack; la división española del coronel don Francisco Longa, y la caballería de Anson y Bock. En total, 20.000 hombres con 18 piezas. Tenía por misión acometer la derecha francesa, forzar el paso del río en los puentes de Arriaga y Gamarra Mayor, y tratar de envolver al enemigo por este flanco.

La derecha del ejército aliado corría a cargo del cuerpo de ejército del general Rowland Hill, que tenía la 1.^a división del Ejército de Galicia, al mando del brigadier español don Pablo Morillo, la división portuguesa de Silveira, la 2.^a inglesa (Hill), alguna caballería y unas cuantas piezas. Total, unos 20.000 hombres. Se le había asignado desalojar a las trojas francesas que ocupaban la altura de La Puebla de Arganzón, atravesar el desfiladero y salir a la planicie

(10) El Bayas es un afluente, por la derecha, del Zadorra, que se une a éste aguas abajo de La Puebla de Arganzón, y su cuenca está separada de la del segundo por la Sierra de Badaya, divisoria de aguas entre los dos ríos. (Nota del autor.)

de Vitoria, para de este modo flanquear y amenazar la izquierda enemiga, con lo que se facilitaría el paso del Zadorra por el puente de Nanclares (11).

LA LÍNEA FRANCESA

El ejército francés se hallaba situado al Norte y al Oeste de la ciudad de Vitoria, amparándose tras el río Zadorra y vigilando sus puentes, en especial los que aseguraban la retirada hacia Irún y Pamplona. Para ello había dividido sus fuerzas en tres ejércitos, distribuidos, a la manera clásica, en dos alas y el centro.

Formaba el ala derecha el ejército de Portugal, a las órdenes del conde de Reille, y se componía de las divisiones Sarrut y La Martinière, reforzadas por una brigada de infantería franco-española (12), la división de dragones de Digeon y la división de caballería ligera. La misión de estas fuerzas era la defensa del Zadorra en sus puentes de Arriaga y Gamarra Mayor, que cruzan los caminos de Bilbao y de Durango. La vanguardia, al mando de Sarrut, ocupaba el pueblo de Aranguiz, a la izquierda de la carretera de Bilbao; su derecha la apoyaba en el alto de Araca, que se extiende entre aquella carretera y la de Francia. La Martinière defendía el puente de Gamarra Mayor. En cuanto a la brigada franco-española, protegida por un batallón francés y una brigada de caballería ligera, se hallaba en posición sobre la margen izquierda del río en Durana, pueblo situado en la carretera general de Francia. Y por último, los dragones de Digeon y otra brigada de caballería, constituían la reserva de la derecha francesa, y ocupaban el terreno entre Zuazo de Alava y Lermanda.

El ala izquierda la mandaba el general Gazan, y estaba constituida por el ejército del Sur, que tenía dispuestas sus tropas de la siguiente manera: el centro, sobre la carretera de Madrid, frente a la aldea de Ariñez; la izquierda, a retaguardia de Subijana de Alava, pro-

(11) NAPIER, W. F. P.: *Histoire de la Guerre de la Peninsule de 1807 à 1814*, tomo X, 265. (Edición francesa de la obra inglesa del mismo autor.)

(12) Esta fuerza se componía de las tropas españolas «afrancesadas» que mandaba Casa Palacios, el cual tenía bajo su mando tres regimientos —sobre 2.000 bayonetas—, cinco escuadrones, con escasos efectivos, y media batería. Las tropas francesas que le estaban afectas eran inciertas, y solían ser un batallón, parte de otro y una sección de artillería. (Nota del autor.)

tegido su flanco izquierdo por una brigada al mando del general Maransin, sobre la cumbre de los montes de La Puebla, y la derecha, ocupada por la división Villate, al Sur del cerro aislado de San Juan, posición que domina los tres puentes que cruzan el Zadorra en el recodo que allí forma el río.

El centro del ejército francés, donde se habían colocado las mejores tropas y el grueso de la artillería —cincuenta piezas dirigidas contra los puentes de Mendoza, Tres Puentes, Villodas y Nanclares (13)—, lo mandaba el conde de Erlon, y estaba formado por el ejército del Centro, con la principal masa de caballería y las tropas de la Guardia, y tenía sus fuerzas a caballo sobre la carretera de Madrid, desde el cerro de Picozorroz, delante y a la izquierda del pueblo de Gomecha, hasta las suaves colinas de Zuazo de Alava. La reserva del ejército del Centro estaba a retaguardia de su izquierda, en la aldea de Gomecha (14).

Ahora bien, esta línea de batalla no carecía de defectos. Los principales, a nuestro entender, son los siguientes:

1.º Un ejército como el francés, que llevaba un convoy de cientos de carruajes y de impedimenta de toda clase, que protegía la persona y la seguridad de un rey y de su numeroso séquito, y que se replegaba desde hacía varias jornadas, parecía lógico que se preocupase, en primer término, de mantener expedita su principal línea de retirada; sin embargo, la carretera de Francia, única adecuada en la marcha retrógrada del ejército francés, se hallaba sobre la prolongación de su flanco derecho, en Durana; de modo, que era suficiente que Wellington alargase su izquierda, que, por otra parte, era su maniobra favorita y que venía repitiendo una y otra vez, para que esa retirada se hiciese imposible por el camino dicho (15).

2.º La distribución de las tropas, en especial de caballería y artillería, se había hecho dando preferencia al centro sobre las alas, lo que suponía que el ataque principal de Wellington procedería del Bayas, sin que las necesidades tácticas lo reclamasen así, desatendiendo el ala derecha por donde amenazaba el mayor peligro (16).

(13) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 261.

(14) Parte de Wellington a Lord Bathurst, después de la batalla. (El parte lo reproduce Gómez de Arteche en la obra citada, tomo XIII, pág. 488).

(15) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 258.

(16) OMAN, CHARLES: *A History of the Peninsular War*, vol. VI, pág. 386.

3.º Aunque se había previsto con artillería la defensa de los puentes sobre el Zadorra, se descuidó la defensa próxima de ellos, hasta el punto, como luego veremos, de que alguno quedó completamente desguarnecido; y tampoco, aunque parezca increíble, se procedió a la destrucción ¡de ninguno de los siete puentes!

4.º Estando su mejor línea de retirada sobre la prolongación de su flanco derecho, éste se encontraba demasiado alejado del centro para ser sostenido por el resto del ejército, lo que dejaba la seguridad del dispositivo francés a merced de que Reille conservase su posición.

5.º La brigada Maransin, situada en las alturas de La Puebla, estaba aislada y era demasiado débil para mantenerse en el terreno.

Todos estos fallos indicaban, bien a las claras, que ni Jourdan ni otros mariscales napoleónicos recordaban al genial vencedor de Austerlitz.

PRELIMINARES DE LA BATALLA

Con las primeras horas del día 21 de junio se puso en marcha el ejército aliado desde las posiciones que ocupaba a orillas del Bayas. El ejército del Centro avanzaba en tres columnas: la del centro se aproximaba lentamente hacia el Zadorra; la de la izquierda, formada por las divisiones 3.ª y 7.ª, se dirigía hacia el puente de Mendoza, y la de la derecha, mandada por Wellington en persona, se encaminaba a Nanclares de Oca, bordeando la Sierra de Morillas y situando su puesto de mando sobre una pequeña colina entre Nanclares y el Zadorra, en cuyo sitio permanecería observando el desarrollo de la batalla y dirigiendo con su flema habitual las operaciones de la misma. A su lado, y como ayudante de campo, se encontraba el general español don Ricardo de Alava, que por ser natural del país era un excelente asesor y consejero del duque de Ciudad-Rodrigo.

Del lado francés, también José Bonaparte, acompañado de Jourdan, de su Estado Mayor y del Cuerpo de Guardias, se dirigió de madrugada hacia el alto de San Juan de Jundiz, donde establecería el real de su puesto de mando, y desde allí seguiría los acontecimientos de una batalla que tan funesta iba a ser para él y sus seguidores.

COMIENZA LA BATALLA

Ataque del ala derecha aliada.

Iniciado el avance por esta parte, al llegar a la altura de La Puebla de Arganzón las tropas del general Rowland Hill, hacia las diez de la mañana, se apoderaron del pueblo y comenzaron a pasar el río, dirigiéndose a continuación hacia el desfiladero de La Puebla, mientras los españoles de Morillo se disponían a cumplir las órdenes de Hill, de que flanqueasen las alturas que por el Este dominan el lugar, y tratando de establecer contacto con el enemigo.

Organizado el avance, por un terreno en que los hombres más parecían trepar que marchar (17), le cabría el honor a las tropas españolas de ser las primeras que romperían el fuego en aquella jornada memorable, pues nada más alcanzar las primeras cumbres, los soldados de Morillo descubrirían al enemigo en sus posiciones, entablándose un combate para arrojarlos de aquellas alturas, lo que conseguirían a pesar de los esfuerzos de los ocupantes, que tendrían que retirarse dejando más de 400 prisioneros (18) en manos de los españoles; pero no sin que éstos sufriesen sensibles bajas, entre ellas la de Morillo, que resultó herido, a pesar de lo cual no quiso abandonar el campo de batalla.

Comprendiendo los franceses la importancia de las posiciones que acababan de perder, el general Gazan, que, como hemos dicho, mandaba el ala izquierda francesa, envió a la división Villate en socorro de la brigada Maransin, que era la que había recibido todo el peso del ataque de las tropas españolas. Desencadenado el contraataque, las fuerzas de Morillo, ante la abrumadora superioridad del enemigo, tuvieron que replegarse a sus primeras posiciones, donde se estacionó la lucha por algún tiempo, hasta que Hill, saliendo por el otro extremo del desfiladero, se lanzó al asalto de Subijana de Alava, con lo cual los franceses, viendo amenazadas sus posiciones a retaguardia de su línea, se retiraron de las cumbres, que volvieron definitivamente a manos de los españoles.

(17) OMAN: Ob. cit., pág. 400.

(18) GÓMEZ DE ARTECHE: Ob. cit., tomo XIII, pág. 128.

Ataque del centro aliado.

Mientras esto ocurría en la derecha, Wellington no permanecía inactivo, sino que continuaba su marcha de aproximación desde Subijana y Montevite hacia el Zadorra, donde colocaría sus fuerzas de la forma siguiente: la 4.^a división, junto al puente de Nanclores; la división ligera, en las proximidades del de Villodas; ambas en espera, para comenzar el ataque, de las divisiones 3.^a y 7.^a, que se retrasaban en su marcha por las dificultades del terreno. También esperaba el Lord que se produjese el ataque de Graham por la izquierda, de cuya parte, siendo ya las once de la mañana, no se percibía el menor ruido.

En este compás de espera tendría lugar un hecho que sería de gran importancia para el final victorioso de la batalla, y que probaba lo bien que sabía aprovechar Wellington los descuidos del enemigo. Un aldeano de aquellos contornos se presentó al Generalísimo inglés para decirle que los franceses tenían, aguas arriba, el puente llamado de Tres Puentes completamente desguarnecido (19). Percatándose Wellington de la importancia de la noticia, ordenó a la brigada Kempt, de la división ligera, para que sin perder momento marchase al citado punto. En consecuencia, los ingleses, guiados por el patriota alavés (20), llegaron al puente y, atravesándolo acto seguido, se instalaron en la orilla izquierda del Zadorra, siendo las primeras tropas aliadas que lo cruzaban por aquella parte; de esta forma quedaron situadas a retaguardia de los puestos avanzados franceses y a unos cientos de metros de su línea de batalla.

Ataque del ala izquierda aliada.

Hasta poco después del mediodía (21) no entrarían en fuego las tropas que mandaba el general Graham, ya que éste había pa-

(19) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 268.

(20) Al que ni siquiera la Historia ha conservado su nombre, y que tuvo la desgracia, nada más atravesar el puente, de que un cañonazo de los franceses le dejase sin vida. (Así lo refiere NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 268.)

(21) OMAN: Ob. cit., vol. VI, pág. 405.

sado la noche en Murguía, localidad situada a quince kilómetros de Vitoria, donde esperaba el aviso de Wellington, quien poco antes de emprender la marcha aquella mañana ordenó al ejército de la izquierda que se apresurase para tomar parte en la batalla.

A tal efecto, las tropas en cabeza de Graham, que eran mandadas por el general Oswald, y que estaban formadas por la división española del coronel Longa, la brigada portuguesa de Pack y la 5.^a división inglesa, apoyadas por la brigada de dragones ligeros, que mandaba Anson, se dirigieron contra el enemigo, que se vió obligado a desalojar el pueblo de Aranguiz y a retirarse de los altos de Araca, cuya defensa corría a cargo de las tropas de vanguardia de la división Sarrut. Al mismo tiempo las tropas del coronel Longa conquistaban los pueblos de Gamarra Menor (22) y de Durana, situado éste a la otra orilla del Zadorra, sobre la carretera de Francia, obligando a retirarse a la brigada franco-española que lo defendía, y quedando así cortada para José Bonaparte su principal línea de retirada (23).

Estos avances obligaron a Sarrut a retirar parte de sus tropas detrás del Zadorra, y a que Reille dispusiese la defensa del poblado de Abechuco y del puente de Arriaga, mientras que a La Martinière se le confiaba la defensa del puente de Gamarra. También ordenó que la caballería de su mando acudiese a colocarse: los dragones de Digeon, a retaguardia del puente de Arriaga; los de Reille, en el puente de Gamarra, y los de la brigada ligera, para sostener a la brigada franco-española, que retrocediendo de Durana había establecido sus posiciones delante de Betoño. Por último, el resto de la caballería, a las órdenes del general Curto, formó sus escuadrones en la extrema izquierda.

Así las cosas, la brigada Robinson, de la 5.^a división inglesa, intentó apoderarse del pueblo de Gamarra Menor, como preliminar para atacar el puente; pero fue rechazada en sus primeros intentos

(22) La actuación de esta tropa se pone de manifiesto en el parte de Wellington, cuando dice: «El Teniente General Sir Thomas Graham me participa que en la ejecución de este servicio las tropas españolas y portuguesas se han conducido admirablemente. Los batallones 4.^o y 8.^o de cazadores se han distinguido en particular. El coronel Longa, que se hallaba situado sobre la extrema izquierda, se apoderó de Gamarra Menor».

(23) Como vemos, desde los comienzos de la batalla ya se ponía en grave aprieto la retirada de los franceses, causa primordial del desastre de su ejército; todo por no reforzar su extrema derecha. (Nota del autor.)

por el eficaz fuego de la artillería y fusilería enemiga. Vueltos a la carga los ingleses, animados por el ejemplo de su general, que marchaba a su frente (24), atacaron de nuevo, consiguiendo entrar en el pueblo y tomar el puente; no obstante, los franceses, conociendo la importancia de su posesión, conseguirían recobrarlo apoyados por el fuego de doce piezas, haciendo retroceder a los aliados que tendrían que fortificarse en algunas casas del pueblo en espera de refuerzos. Llegados éstos se reanudaría la lucha, pero al fin, el puente quedaría en manos de los franceses.

Mejor suerte les cabría a los aliados en la conquista del caserío de Abechuco, que cubría el puente de Arriaga, pues atacado por los alemanes de la brigada del coronel Halkett, apoyada por la portuguesa de Bradford y varias baterías, conseguirían apoderarse de aquel punto.

Culminación de la batalla.

Al mediodía la batalla aumentaba su intensidad; pero el resultado todavía permanecía indeciso, pues a pesar de que los aliados habían cruzado el río por dos de sus puentes —el de Tres Puentes y el de La Puebla—, los demás pasos continuaban en poder de los franceses, y el centro de su ejército estaba intacto.

Al llegar la una de la tarde, la situación para los aliados era la siguiente: en su ala derecha se combatía tenazmente por la posesión de Subijana de Alava; en el centro llegaban, por fin, al campo de batalla las divisiones 3.^a y 7.^a, y en el ala izquierda, el combate se había generalizado en todo su frente, desde el puente de Arriaga hasta las posiciones al Sur de Durana.

A partir de aquel momento la batalla se iba a desarrollar de la siguiente manera:

Ataque en el centro.

Al llegar las fuerzas de la 3.^a y 7.^a divisiones, que formaban el ala izquierda del centro, a las proximidades del puente de Mendoza, tendrían que detenerse obligadas por el violento fuego de artille-

(24) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 276.

ría y de fusilería con que eran recibidas. Pero ahora era llegado el momento de aprovechar la ventajosa posición que ocupaban las tropas de la brigada Kempt, que al cruzar anteriormente el desguarnecido paso de Tres Puentes, podían atacar el flanco de los franceses que defendían el puente de Mendoza. Con tal fin, los cazadores de la brigada Kempt se lanzarían al llano desde las alturas donde estaban situados y cogiendo a los franceses entre dos fuegos les harían abandonar el puente, dando lugar con ello a que una brigada de la 3.^a división lo cruzase sin oposición; al mismo tiempo, la brigada Colville, también de la 3.^a, la 7.^a división y la brigada Vandeleur, de la ligera, aprovechando los vados del río, lo cruzaban por entre el puente de Mendoza y la aldea de Crispijana. Por su parte, el resto de la división ligera, que había quedado frente al puente de Villodas, al ver retirarse los puestos avanzados del enemigo al otro lado del río, como consecuencia del avance dicho, se apresurarían a cruzar el puente. Y por último, habiendo tenido que retroceder la izquierda francesa por la presión ejercida por Hill en su ala, la 4.^a división, situada en Nanclares, atravesaría el puente, instalándose lo mismo que las demás tropas aliadas en la orilla izquierda del Zadorra. Con esto, todo el ejército del Centro había flanqueado el Zadorra, el obstáculo donde el ejército francés pensaba detener a los aliados en su marcha incontenible desde la frontera de Portugal hasta la llanura de Vitoria. Era entre las dos y las tres de la tarde (25).

Ahora, cuando tanto los aliados como los franceses luchaban con denuedo y resolución, esforzándose por conseguir inclinar la suerte de las armas a su favor, se produjo un acontecimiento que había de influir decisivamente en la batalla. Inopinadamente, sin que los hechos lo justificasen plenamente, José Bonaparte dio la orden de que la reserva del ejército del Centro, situada en los alrededores de Gomecha, se retirase en dirección de Vitoria, y a Gazan se le ordenaba también que comenzase escalonadamente la retirada del ejército del Sur (26).

¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a Jourdan a tomar decisión tan trascendental? Porque hay que suponer que la orden partiría del mariscal y no del inexperto Bonaparte, que del arte de la guerra tenía un desconocimiento casi absoluto. La respuesta cree-

(25) OMAN: Ob. cit., vol. VI, pág. 412.

(26) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 269.

mos nosotros que hay que buscarla más en motivos psicológicos que en los tácticos. Jourdan no era hombre para asumir grandes responsabilidades como las que ahora le tocaba afrontar, ya que del éxito de la campaña dependía que el rey intruso conservase la corona que tan trabajosamente mantenía sobre su cabeza. Por otra parte, Jourdan debía sentir delante de Wellington algo de lo que hoy día se llama «complejo de inferioridad», pues en Talavera había ya conocido la valía y el tesón de su oponente, que entonces le infligió un duro castigo. También José Bonaparte, preocupado por la suerte que pudiesen correr los tesoros que con él llevaba, no dejaría de instar a su jefe de Estado Mayor, para que extremase la prudencia y no comprometiese el destino de todos en una acción única y decisiva. Todo esto, junto al hecho cierto de que los aliados atacaban vigorosamente por las alas, y también que en el centro Wellington se disponía a emplear a fondo sus tropas, debieron influir en el ánimo del mariscal francés en tal forma, que se adelantó a dar una orden de retirada que la situación táctica no reclamaba todavía; y en los campos de batalla estos errores se pagan caros.

Había llegado, por consiguiente, el momento culminante de la batalla, aquél al que se refiere Wellington en su parte, cuando dice: «Estas cuatro divisiones (aludía a las que acababan de cruzar el Zadorra, o sea: la 4.^a la ligera, la 3.^a y la 7.^a), formando el centro del Ejército, fueron destinadas a atacar la izquierda. Sin embargo, habiendo el enemigo debilitado su línea para reforzar el destacamento de las alturas (se refería a la división Villate, enviada en auxilio de la brigada Maransin), abandonó su posición en el valle tan pronto como vio nuestra disposición de ataque, y empezó en buen orden su retirada hacia Vitoria».

He aquí, confirmado por el máximo ejecutante de la batalla, lo que hemos dicho arriba de la prematura retirada de parte del ejército francés. El mariscal Jourdan, o José Bonaparte, si es que la orden fue suya en realidad, no esperó, tan siquiera, a que los ingleses atacasen sus posiciones del centro, donde estaba la masa de su artillería y caballería, junto con las mejores y más agueridas tropas del ejército francés. Así se comprende que luego Napoleón riñese acremente a su hermano por su participación en el desastre, y que a Jourdan le quitase el mando de tropas; los dos se lo merecían con creces.

Viendo Wellington que la ocasión se le presentaba propicia para atacar el centro francés, organizó su línea así: a la 7.^a división de Dalhousie, que con la brigada Colville, de la 3.^a división, formaba la izquierda del centro, la destinó para atacar la derecha francesa que se extendía desde Margarita a Lermenda; para el centro francés, que tenía su principal posición en el cerro de San Juan, envió al resto de la 3.^a división, al mando de Picton, y a la ligera con los húsares; y para atacar la izquierda, marchó la 4.^a división, del general Cole, con la caballería pesada.

Dispuesto así el ataque, el centro francés se vería comprometido desde los primeros momentos de iniciar la retirada, que tratarían de proteger cubriendo su línea con una nube de tiradores y con el empleo en masa de su artillería —cincuenta piezas—, que vomitando metralla a diestro y siniestro, establecería una barrera a cuyo amparo pudieron las unidades de los ejércitos del Sur y del Centro retroceder hasta ocupar las posiciones que antes ocupara la reserva, situada en unas colinas a retaguardia de Gomecha.

La situación se agravaba rápidamente para los franceses, que empezaban a flaquear, desmoralizados, en gran parte, por la citada orden de retirada. No obstante, todavía quedaban en el centro unidades que combatían decididas a resistir a todo trance. como ocurría en la aldea de Ariñez, que continuaba en poder de los franceses, y que iba a ser teatro de una lucha desesperada (27).

A cargo de las tropas de la 3.^a división inglesa correría el ataque a Ariñez, que en la primera acometida no podría ser tomado, estando por algún tiempo la lucha indecisa, debido a los refuerzos que los franceses, dada la importancia de tal punto, habían enviado urgentemente. Por fin, una furiosa carga al arma blanca, con su general Picton en cabeza, conseguiría que el pueblo cayese en manos de los ingleses (28).

Por la izquierda también se progresaba, y la 7.^a división se apo-

(27) VELASCO: Art. cit., pág. 512.

(28) Así describe NAPIER (Ob. cit., pág. 271) el ataque de los ingleses: «Les troupes de Picton, précédées par les voltigeurs, se précipitèrent sur ce village, au milieu d'un feu de mousqueterie et d'artillerie des mieux nourris, et enlevèrent en un instant trois des pièces. Le poste était important. Les Français y envoyèrent des troupes fraîches, et pendant quelque temps la fumée, la poussière, le bruit des armes à feu, les cris des combattans, mêlés au tonnerre de l'artillerie, produisirent un effet terrible; cependant les troupes anglaises finirent par sortir victorieuses de l'autre côté du village.»

deraba sucesivamente de los pueblos de Margarita y Lermenda, con lo cual quedaba expedito, por este lado, el camino hacia Zuazo de Alava, donde la lucha iba a desarrollarse en sus últimos episodios.

Por lo que respecta a la 4.^a división, que con la caballería pesada avanzaba desde Nanclares por la derecha del centro, para establecerse entre la posición central de los franceses y el cuerpo de Hill, su progresión era más lenta que en la izquierda y centro, debido a lo quebrado del terreno.

Ataque del ala derecha.

En la derecha aliada, después de la conquista de Subijana de Alava por las tropas de Hill en las primeras horas de la tarde, quedaron éstas en excelentes condiciones, debido a su proximidad para apoyar la progresión del centro aliado y facilitar el avance de la 4.^a división que, como decimos, era la que iba más retrasada. Por otra parte, con la toma de Ariñez quedaban envueltas las tropas francesas que todavía se mantenían entre Subijana de Alava y Zumelzu (29), lo que permitiría a las tropas españolas de Morillo atacarlas vigorosamente por su flanco izquierdo, obligándolas a replegarse desordenadamente sobre Armentia, tratando de ganar así la línea de retirada hacia Vitoria.

Ataque del ala izquierda.

En este lugar, por causa de su alejamiento del centro de la batalla, es donde iban las operaciones más desligadas del conjunto del avance general. Después de la conquista de Abechuco, los ataques de los aliados se habían concentrado sobre los puentes de Arriaga y de Gamarra, donde los franceses resistían obstinadamente (30), conservándolos en su posesión a pesar de las muchas bajas que tenían, entre ellas la del general Sarrut, que encontraría gloriosa muerte en el puente de Arriaga; pero su segundo, el general Mannu, continuó en la heroica defensa.

(29) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 272.

(30) OMAN: Ob. cit., vol. VI, pág. 426.

A media tarde, percatado Reille de que las tropas francesas habían iniciado su retirada en el centro y en la izquierda, organizó la resistencia en Betoño, con objeto de hacer posible la retirada de todo el ejército francés, para lo cual concentró sus tropas en este punto, abandonando los puentes y protegiendo la retirada de sus defensores, gracias a los dragones de Digeon y a la reserva del general Fririon.

FINAL DE LA BATALLA Y RETIRADA GENERAL DE LOS FRANCESES

A las seis de la tarde de aquel día memorable —el más largo del año, y que para los franceses debió parecerles interminable—, ocupaban las tropas del rey José las últimas posiciones entre Armentia y Zuazo, a tres kilómetros de Vitoria (31). Las esperanzas de prolongar la resistencia se iban esfumando, y se llegaba ya a esos momentos impresionantes en que al soldado no le queda otro recurso que huir o morir con honor sobre el campo de batalla. Esta última resolución la habían tomado parte de las tropas de los ejércitos del Centro y del Sur, que aguantaban a pie firme en las colinas de Armentia, Zuazo y Alí, sostenidas por una masa de ochenta piezas —«la más soberbia cañonería conocida en la Península» (32)—, que los artilleros habían reunido para amparar a su maltrecha infantería. Por un momento pareció que su violento y eficaz fuego iba a contener la avalancha de la infantería aliada, que avanzaba a paso de carga en pos del triunfo, pero la retirada, demasiado precipitada, de una división francesa, dejó al descubierto el flanco de las tropas del conde de Erlon que todavía resistían, lo que sería aprovechado por Hill para terminar de arrojar el ala izquierda enemiga.

La batalla quedaba decidida en favor de los aliados, y era llegada la hora de empezar a preocuparse de lo que sucedería después. Por esto, el general Alava, que desde el comienzo había permanecido al lado de Wellington, y que como natural del país temía por la suerte que pudiese correr Vitoria en los estertores de la derrota, tomó el mando de un cuerpo de caballería y dejan-

(31) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 272.

(32) OMAN: Ob. cit., vol. VI, pág. 428.

do a su retaguardia las posiciones que en vano se esforzaba en defender el enemigo, se dirigió a escape a la ciudad, entrando en ella y acuchillando o haciendo prisionera a la guarnición francesa que la custodiaba, la cual ya se entregaba al saqueo; con ello evitó al vecindario un día de luto y desolación (33).

En cuanto a José Bonaparte, siempre sobre su idea de retirarse—ahora sí justificada—, y enterado de que la carretera general de Francia estaba en poder de los aliados desde los comienzos de la batalla, ordenó la retirada de los ejércitos del Centro y del Sur por el camino de Salvatierra, siendo el primero en dar ejemplo de lo que iba a convertirse en desordenada y precipitada fuga. Pero la desgracia, además de la caballería inglesa, perseguiría al rey intruso y a su ejército, pues el camino de Pamplona, sobre ser malo y estrecho, se encontraba obstruido por el larguísimo convoy que hacía imposible la circulación no sólo para el material rodado, sino hasta para las caballerías y las personas, poniendo en grave aprieto hasta al mismo Bonaparte, que en un tris estuvo de caer prisionero, y que al fin pudo escapar seguido de un grupo de los suyos (34).

(33) VELASCO: *Art. cit.*, pág. 514.

(34) El comandante Velasco, en su trabajo varias veces citado, hace una descripción tan viva y exacta de lo que debió ser aquella calamitosa huida, que no queremos privar a nuestros lectores de conocerla, y la copiamos a continuación: «Para colmo de su desgracia, el camino que siguen los fugitivos se encuentra de improviso obstruido por el vuelco de un carruaje. En vano intentan ponerse en salvo el coche del mismo José, los del séquito del intruso y los furgones del tesoro. Más de dos mil carros, cargados de artillería, de municiones o de las ricas preseas, fruto de la rapiña del invasor, se aglomeran y chocan sin concierto; los soldados de la escolta desamparan sus filas, los del tren cortan los tiros, o si acaso pretenden salvar las piezas, arrojándose fuera del camino, y van a caer con ellas en las zanjas laterales. En tan amarga tribulación, los españoles del bando de José, que seguían al ejército enemigo, abandonan también sus carruajes y huyen a mezclarse entre los filas francesas, esquivando el furor y la venganza de sus compatriotas; con sus hijos en los brazos arrástranse en pos de sus trémulas mujeres, procurando alejarse de este campo de desolación y muerte; mas, detenidas en su fuga por los cañones abandonados, por los caballos muertos y los hacinados montones de coches y carruajes destrozados, se les ve vagar de uno a otro lado lanzando lastimeros ayes e implorando de la clemencia del soldado, quién el honor, quién la vida. Un espeso polvo envuelve todo el campo e impide distinguir los objetos más próximos. Caen muertos el caballo del mayor general Jourdan, y el mismo José, separado de su séquito y perseguido por el capitán Wyndham, que dispara un pistolotazo contra el carruaje, busca su salvación en los pies de su caballo, lo-

Pero si comprometida era la retirada de los ejércitos del Centro y del Sur por el camino de Pamplona, no lo era menos para el ejército de Portugal, que en Betoño resistía, viéndose ahora atacado por tres frentes: desde Arriaga, Durana y Vitoria, ya que los aliados, desembarazados del resto de sus enemigos, convergían los ataques sobre los últimos franceses que resistían. En tan apurada situación, Reille, haciendo gala de una serenidad a toda prueba, dirigió ordenadamente la retirada de sus tropas, pudiendo ganar el camino de Pamplona, a la altura de Matueco, y ponerse a salvo.

Los últimos rayos del sol alumbrarían el imponente espectáculo de aquella retirada, en que las rojas masas de la infantería inglesa perseguían al enemigo que se desbandaba por el llano, mientras la artillería seguía en su cañoneo lejano a las pocas unidades que conservaban su formación. Por su lado, la caballería se lanzaba por el camino de Pamplona acuchillando sin piedad a los rezagados y a la infantería en retirada. Y a lo lejos, los españoles de Morillo, coronando las cumbres por donde avanzaban, reflejaban en sus bayonetas los últimos rayos de un sol tan glorioso para sus armas como lo fue antes para los franceses el de Austerlitz.

RESULTADOS Y CONSECUENCIAS DE LA BATALLA

Por lo que respecta a la batalla en sí, Wellington no supo explotar el éxito, y el ejército francés pudo escapar en su mayoría, aunque perdiendo todo su equipo y material (35). Tal vez la persecución no se llevó a cabo porque el fabuloso tesoro que José Bonaparte dejó abandonado en las afueras de Vitoria, fue el incentivo que detuvo a los vencedores, entregados al reparto del inmenso botín «antes de que se amortiguaran los últimos ecos del cañón» (36).

En tocante a las bajas, no fueron excesivas por ninguno de los dos lados. Esto se explica porque casi la mitad de las tropas fran-

grando escaparse bajo la protección de cincuenta dragones, que contienen a los húsares ingleses.»

(35) NAPIER: Ob. cit., tomo X, pág. 278.

(36) VELASCO: Art. cit., pág. 521.

cesas no tomaron parte en la batalla por la razón ya expuesta de la prematura retirada. Entre muertos y heridos, los franceses tuvieron unos 6.000, y poco más de 1.000 prisioneros. Por los aliados, el parte que dió Wellington las relacionaba en el siguiente estado:

	Ofi.	Sar.	Tropa	Total	Ingleses	Españ.	Port.	Cab.
Muertos	33	19	688	740	501	89	150	92
Heridos	230	158	3.782	4.170	2.807	464	899	68
Extraviados...		1	265	266	—	—	—	26

El material de guerra capturado por los aliados, según el mismo parte, fue éste:

151 cañones de bronce en carruaje de camino.

415 carros de municiones.

14.249 proyectiles.

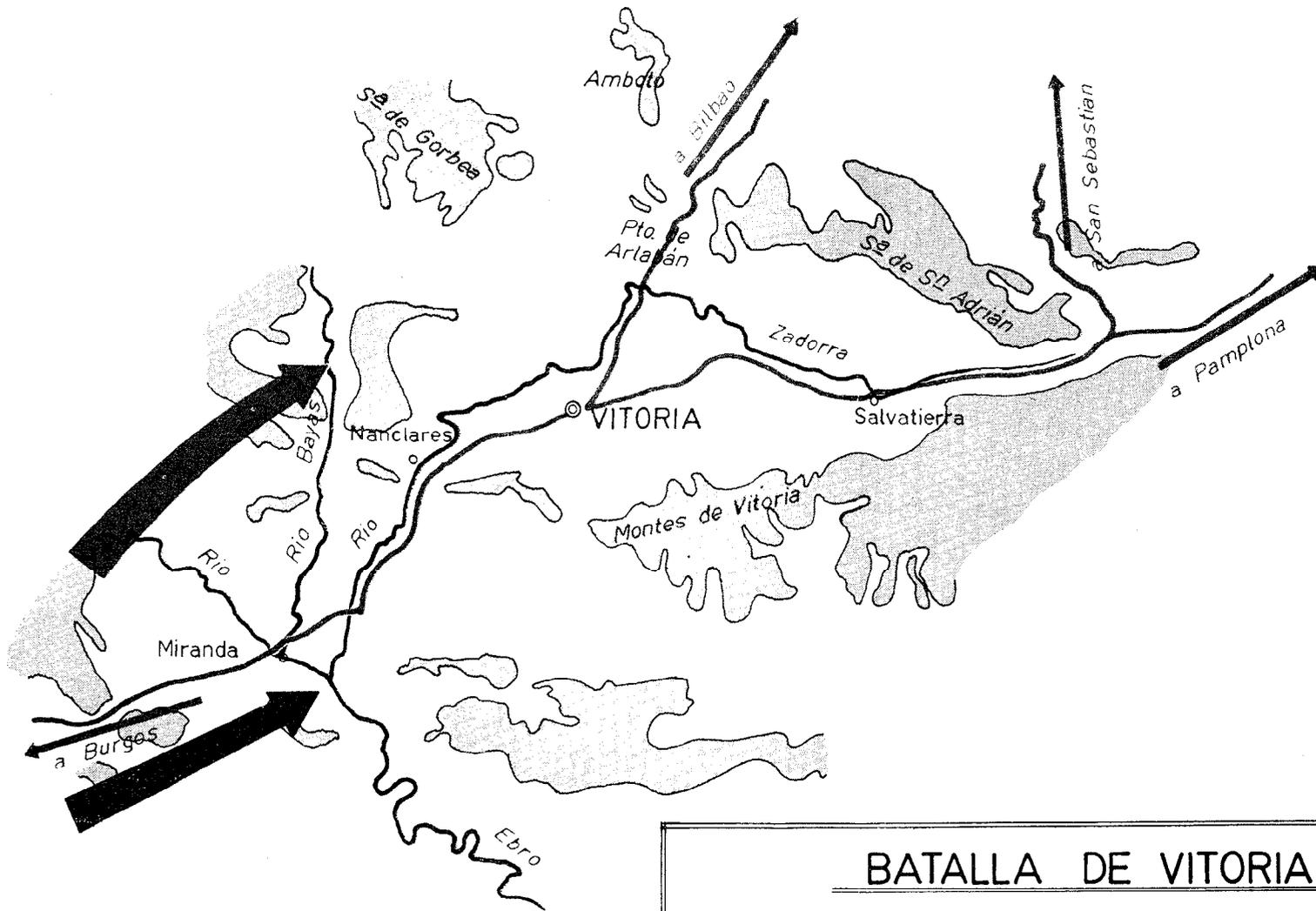
1.973.400 cartuchos de fusil.

40.668 libras de pólvora de cañón.

56 carros de forraje.

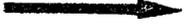
44 fraguas de campaña.

Las consecuencias de la batalla de Vitoria fueron considerables. En primer lugar, el triunfo de las armas aliadas era el último jalón importante de la larga serie que, empezando en Bailén en 1808, terminaría en los campos de la capital alavesa cinco años después. A partir de entonces la dominación francesa en España quedaba herida de muerte, y la victoria llevaría consigo, como efecto inmediato, que los invasores perdiesen todo el Norte de la Península y que los ejércitos del rey intruso tuviesen que repasar el Bidasoa.



BATALLA DE VITORIA

CROQUIS N.º 1: EL TEATRO DE OPERACIONES

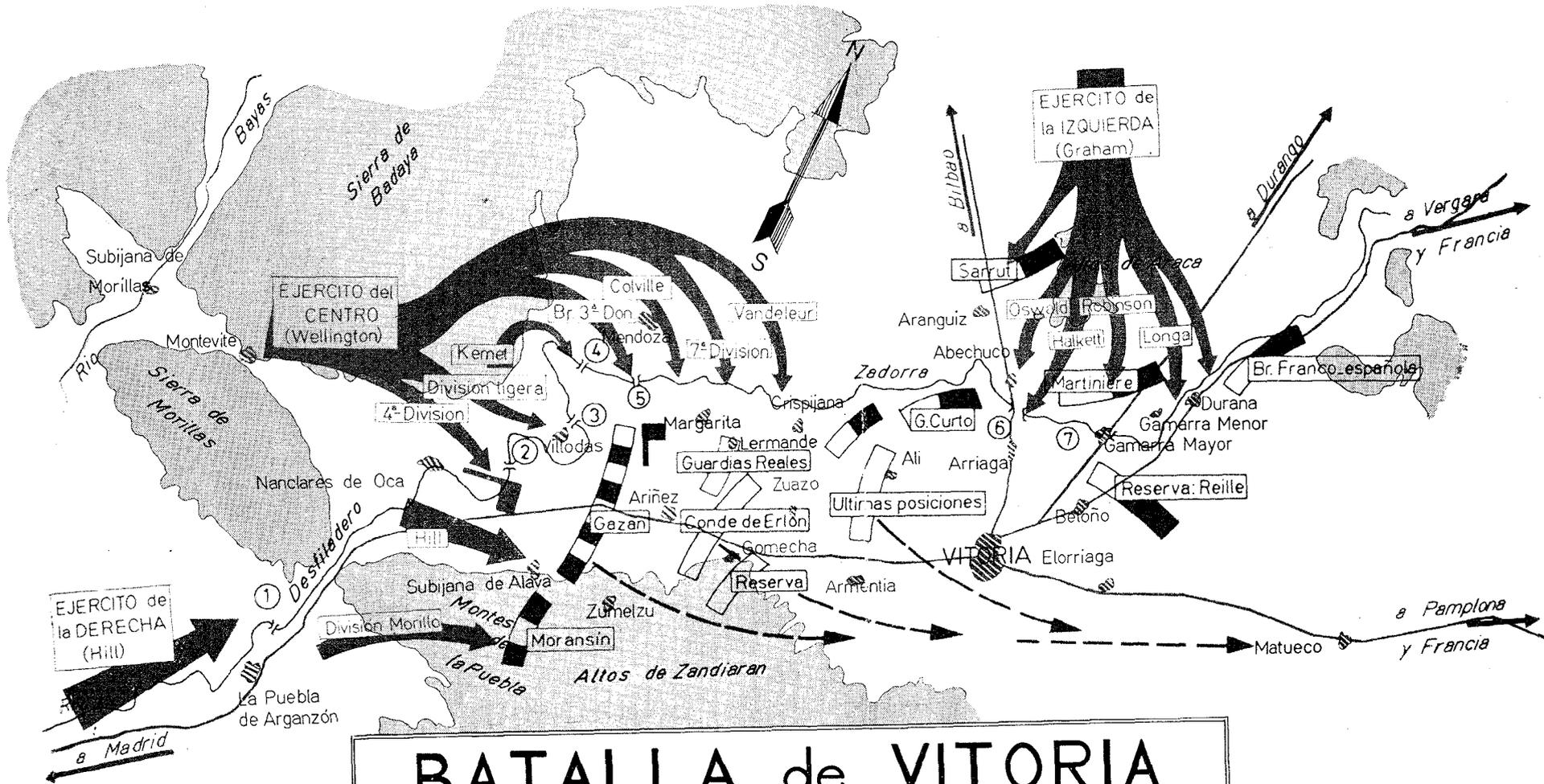
Marcha de las fuerzas aliadas antes de la batalla 

Iden de las fuerzas francesas 

Zona sombreada: Altitudes superiores a 800 metros.

Escala





BATALLA de VITORIA

CROQUIS NUMERO 2 : DESARROLLO DE LA BATALLA

